

refugio—, todos parecen recibir el influjo espiritual de ella; cada uno de los von Kessen se plantea el drama de la patria y sopesa la mejor solución: en el inconsciente de ellos comienza a tomar forma la imagen de una nueva Alemania surgida de las cenizas de la derrota. Esta nueva Alemania, fuerte y orgullosa, no sólo está —en 1923— en el corazón de una camarilla de fanáticos o de militares de monóculo, sino en el inconsciente del pueblo alemán.

Pero, en aquel noviembre de 1923 —mientras el nacionalista demente se ahorca en la bohardilla de los von Kessen—, Hitler y sus adeptos son dispersados en la plaza de Munich por la policía; el 'putsch' es un fracaso y el hombre del impermeable sucio debe esconderse durante 48 horas en la bohardilla de una casa de campo, convirtiéndose en otro zorro. Al igual que el infeliz de Wolff, rumia su venganza en el delirio de su Yo hipertrofiado. Un zorro prefigura al otro; uno se suicida, el segundo es apresado y condenado a unos meses de cárcel, donde tendrá ocasión de escribir un libro y de organizar esas ideas que en Wolff se habían presentado como fuerzas ciegas.

En la bohardilla de dos casas —el oscuro inconsciente de Alemania—, dos hombres proyectaron, en pleno delirio demencial, un Nuevo Orden que se derrumbaría veintidós años más tarde.

CARLOS MORAND

<https://doi.org/10.29393/At403-16AOFD10016>

*Los adolescentes en la obra narrativa de Aldous Huxley*, de  
CARLOS MORAND. Editorial Universitaria. Santiago, 1963

El Centro de Literatura Comparada de la Universidad de Chile nos ha entregado este ensayo de Carlos Morand, joven cuentista, que hace sus primeras armas en el difícil y espinudo campo de la investigación literaria.

La presente obra es atrayente por tres aspectos: el tema mismo, asunto siempre nuevo y siempre viejo, asunto nuevo y sugestivo, pues todos, quien más quien menos, sentimos en carne propia las inquietudes de una época tal vez ya lejana, pero cuyas huellas están ahí al rojo vivo.

En segundo término, el ensayo de Morand se lee con interés por la personalidad de Aldous Huxley, novelista penetrante, audaz, satírico y violentamente mordaz para con su generación. Huxley no es escritor de medias tintas; va derecho al meollo del asunto y si el lector se encandaliza, tanto mejor para él. Más que la trama misma tiene ante sus ojos, la intención, que por cierto no la disimula y por eso no teme escribir párrafos tan candentes como éste, salpicado de pintoresca malicia y de humorismo inglés:

“Un poco de risa cruel limpia la atmósfera como ninguna otra cosa. Es bueno para nosotros el ver, de cuando en cuando, nuestros ideales ridiculizados y nuestro concepto de lo que es noble, reducido a la caricatura; es bueno que alguien le tire la nariz a lo solemne; es bueno que la necia presunción humana sea puesta en ridículo y que su vileza sea mostrada”...

Ante declaraciones como éstas, el lector sencillo y desconocedor de la obra huxleyana, creará hallarse ante un monstruo, ante un escritor negativo, cuya acción se limita sólo a colocar en primer plano lo inmoral, lo ridículo de las personas y de las cosas.

Hay algo de verdad en esta acusación, pero el mismo Huxley se encarga de justificar, o por lo menos explicar, el porqué de este planteamiento. Así, el pesimismo que hay en su producción de 1922, por ejemplo, es un sentimiento auténtico, nacido como espontánea floración del aburrimiento, melancolía y desesperación, producidas por la Gran Guerra.

Es una actitud frente al mundo contemporáneo, cuyos mecanismos desatados han provocado hecatombes más fundamentales que todas las anteriores. Antes, el hombre sufrió "desilusiones parciales", ahora, en cambio, la herida es más honda, la amargura más amarga, sin esperanza, sin luz en las tinieblas:

"En ningún siglo se han seguido las decepciones unas a otras, con tanta prisa, con esta rapidez sin intermitencias, como en el nuestro... En nuestro caso, no se trata de un pecado o de una dolencia hipocondríaca, sino que es un estado de ánimo que el Destino nos ha impuesto".

Aunque algunos han criticado el "enciclopedismo" de Huxley, dando a entender socarronamente que el novelista es un *tocalotodo*, como escribe Charles Möller, sin embargo creemos que esta universalidad de pensamiento es la consecuencia de una formación profundamente humanística, vastamente apreciable. Todos los pasos de su evolución ideológica, que ha finalizado en una inquietud metafísica sincera, revelan riqueza psicológica y visiones certeras de los problemas sociales, morales y estéticos. El novelista británico está abierto en abanico y sus poderosas antenas captan los más variados aspectos de la actividad humana, contra los que lanzan sus envenenados dardos.

El estudio de Carlos Morand nos pone en contacto con un espíritu insatisfecho, con un novelista penetrante y con un corazón sensible, aspecto que no está destacado con altoparlantes, sino que fluye naturalmente de la lectura del libro. Es una sensibilidad que casi podríamos llamar metafísica, aparente contradicción, que se esfuma si observamos que todo este modo de ser "antagónico" de Huxley, obedece no al prurito de querer tomar cátedra de ARISTARCO OFICIAL, sino que es la respuesta generosa de un espíritu selecto y pleno de aspiraciones e ideales nobles, obstaculizados por necesidad de los hombres.

De ahí su satirización del pasado, que sobrevive en el presente; de ahí la fealdad, la degradante mecanización del mundo y la terrorífica organización totalitaria, funestos males para la fuerza creadora de hombre, base esencial de su razón de ser.

El tercer mérito de este ensayo está en la habilidad del autor para desentrañar con prudencia, sensibilidad y belleza, la verdad de estos adolescentes, aquejados por anhelos e inquietudes amargas. Pero Huxley no es de aquellos que se encierran entre cuatro paredes y se ponen anteojeras, para auscultar

sólo el pequeño mundo británico. Es verdad que los personajes novelescos de Huxley son *tipos representativos de la clase educada, rica y ociosa de la vida inglesa*. ¿Nada más? El escritor va más lejos y si es verdad que hacia ellos primeramente dispara sus quemantes sátiras, sus irónicas observaciones, no es menos cierto también que su objetivo último es la misma raza humana.

Las perspectivas intelectuales, espirituales, morales y estéticas de sus obras, enraizan en los temas centrales de la vida y por eso recomienda, con burlona sonrisa, a los jóvenes aspirantes a novelistas, que para llegar a ser alguien en el arte narrativo, la solución está en *comprar una pareja de gatos siameses y observar sus costumbres atentamente*.

Morand insiste con verdad en la intención satírica de Huxley. Ese es su norte, allí es donde se mueve con agilidad felina, allí es donde halla la plenitud del ser literario, allí es donde su sensibilidad se afina y su humorismo adquiere más sutileza y liviandad. Por eso el látigo del novelista se alza y se enrosca brutalmente en los defectos inherentes a la raza humana, adquiriendo así su creación literaria el epíteto de didáctica, corriendo el riesgo de poseer las virtudes y defectos de esta peligrosa orientación estética.

José Permartín que las *imperfecciones* destacadas por Huxley en relación con todo hombre, constituyen los grandes enemigos del alma. Éstos serían: *la necesidad social, la deficiencia intelectual y el desenfreno sexual*, equivalentes a los conocidos símbolos del Mundo, Demonio y Carne.

Desde este punto de vista, la galería de personajes no es precisamente un jardín de bellas flores: los "snobs" arribistas y extravagantes; pseudoartistas con lecturas teosóficas y freudianas; mujeres de edad indefinida, entre los 50 y los 60, "sin resignarse a abandonar el juego amoroso"; el arribista social, encarnado en la hipócrita Mary Triplow y el charlatán que consigue dinero y fama con libros que afirma escribir *su ser subconsciente*; "snobs políticos" al estilo de Mr. Falx, cultivador de Lores y que vive "la mayor parte del año como huésped de la gente que él considera parásita social y que afirma despreciar".

Larga tarea seguir seleccionando la polifacetal galería de personajes, extraídos de las obras de Huxley, pero en donde sí debemos detenernos es en el tema específico del ensayo, que Morand ha enfocado con moderación y certera valoración de motivos.

Son diez los adolescentes estudiados. Tal vez haya más. Basta con éstos para comprender en sus dimensiones vivenciales la rica trayectoria en matices síquicos de nuestro novelista.

Tres grupos presenta el ensayista: *Los aprendices de hombre* ("aprendices de artista"), en donde Huxley encara el problema de la vocación estética, destacando las lógicas dudas respecto a este llamado "cuasidivino" de la creación artística. *Los desilusionados*, simbolizan el fracaso en el aspecto sentimental de los que pretendieron elaborar a fuerza de voluntad y fantasía, estados afectivos inexistentes. *Los redimidos*, que corresponden a la última etapa de la evolución espiritual del novelista y que, a su vez, trascienden la adolescencia moralmente imperfecta, siguiendo la línea ascendente de una catarsis muy cercana al sentimiento religioso.

Este panorama de sicología adolescente es, sin duda, uno de los tópicos más atrayentes de la obra y aunque el ensayista vea en él una clara resonancia subjetiva, sin embargo está nítida la interpretación acertada de un modo de ser contemporáneo, que en la juventud, principalmente, surge con caracteres más visibles.

Este ensayo del joven escritor chileno testimonia una vez más la labor silenciosa y fecunda del Centro de Literatura Comparada. Se advierte solidez en la información directa, sinceridad en los planteamientos, equilibrio en la interpretación de los hechos y dichos, penetración en la captación de la linfa oculta que circula fecundadora, moderación en la valorización de los personajes, verdad en la plasmación de lo que son en realidad. No cae Morand, como otros ensayistas, en el apasionamiento ditirámico respecto al autor; pero, al mismo tiempo, supo equilibrar los planos, para que la objetividad no secase la fuente de la necesaria afinidad, tan indispensable en trabajos de esta índole.

Estudio, belleza y amor, han dado por resultado este nuevo aporte a nuestra auténtica cultura, que por fin empieza a universalizarse, con estudios serios y atrayentes.

F. D. D.

*Invencción a dos voces*, de ENRIQUE LAFOURCADE. Zig-Zag, 1963

Cada vez que Lafourcade nos entrega un nuevo título, la crítica toma posiciones antagónicas.

Es imposible permanecer impasibles ante obras tan originales y densas, ya que en los personajes, en la técnica utilizada, en los problemas abordados, en la tensión dramática que sabe imprimir a la narración, en la plasmación al rojo vivo de la vida, en la agitada convulsión de los espíritus y de los cuerpos, está la atracción de una inventiva subyugante y la verdad de un mundo paradójico.

Desde *Pena de Muerte* y pasando por *El príncipe y las ovejas*, para llegar a esta última novela, el escritor no ha abandonado una línea persistente de inquietudes profundas y si bien es verdad que la galería de personajes siniestros y aniquilados por dentro, abundan y tornan nauseabunda la atmósfera, no es menos cierto que el novelista ha demostrado, como nadie de su generación, saber penetrar en el laberinto humano, para dejar al descubierto su inconformidad con un modo de ser y pensar que le ofrece rico venero de inspiración.

Algunos críticos le han censurado su tremendismo literario, patentizado en *Invencción a dos voces*, en forma original y sin tapujos. Algunos han dicho que esta novela es un aullido, que junto al despliegue imaginativo está un verdadero hospital siquiátrico, que todo es pavoroso y fétido, que jamás deja un respiro y que el lector finaliza extenuado por la vehemencia de las acciones y de las pasiones desatadas.